

La calle

para el martes 23 de marzo de 2010

Diario de un espectador

Diana Bracho, Fernando Luján

por miguel ángel granados chapa

Dignos hijos de sus padres, con un valor propio que no les impide reconocer la influencia que en ella y en él tuvieron respectivamente el cinedirector Julio Bracho y el actor Alejandro Chianguerotti, los protagonistas de *Todos eran mis hijos* de Arthur Miller, Diana Bracho y Fernando Luján son pieza clave para el éxito de esta obra en el teatro Helénico.

Diana Bracho hace de Kate Keller que, como dijimos ayer, espera la llegada de su hijo Larry, que desapareció más de dos años atrás durante la segunda guerra mundial. Se empeña en mantener vivo su recuerdo y sufre una crisis cuando se entera de que su hijo Chris se casará con Ann Deever, que fue novia de su hermano desaparecido. Una carta ignorada hasta ese momento llevará la tensión del papel de Diana Bracho a su clímax.

La actriz ha sobresalido en el cine, en la televisión y en el teatro. Poseedora de una gran clase (que se manifestó precisamente en *Master Class*, obra en que la dirigió Francisco Franco, el director de esta pieza de Miller), ha sido presidenta de la Academia mexicana de ciencias y artes cinematográficas, la institución que año con año otorga el Ariel. Por supuesto que antes de encabezar esa organización, esta primera actriz ganó dos de esas estatuillas. También ha sido galardonada por su papel en *Entre Pancho Villa y una mujer desnuda*, la magistral obra teatral de Sabina Berman. Si no nos equivocamos su presentación más reciente ocurrió en *Festen*, puesta en el Helénico también y dirigida por Martín Acosta.

Prácticamente nacido en la escena —como su padre, que fue asimismo actor infantil— Fernando Lujan ha transitado por las veredas del cine, la televisión y el teatro. Los niños de mediados del siglo pasado, los púberes y adolescentes de los cincuentas se emocionaban oyendo en la radio los capítulos de *La sombra*, un sagaz detective personificado por Alejandro Chianguerotti, el padre de Fernando Luján que adoptó un nombre artístico con el que sin el apoyo de los prestigios familiares pudiera hacer, como lo consiguió, su trayecto propio. Ya ayer dijimos que su más reciente participación en cine, *Cinco días sin Nora*, fue premiada en el festival de cine de Huelva. En ella Luján hace el papel de una especie de viudo (no lo es técnicamente porque Nora, la mujer cuyo deceso da lugar a la película, ya no era su esposa a la hora de morir. Es igualmente muy recordable su actuación en *El coronel no tiene quién le escriba*, basada en el relato del mismo nombre de Gabriel García Márquez y filmada en el magnífico escenario ribereño de Tlacotalpan.

Luján es hombre inteligente y polifacético. Dada su ya larga experiencia en los espectáculos, y con los genes paterno y materno (que lo vincula con la familia Soler, de Fernando, Andrés, Julián y Pituka de Foronda), ha transitado de la interpretación a otros modos del arte escénico. Actualmente se presenta su obra *Te odio, Vivaldi*

Silvia Navarro, que interpreta a Ann Deever, el primer papel femenino de la píaiza de Miller después del de Diana Bracho, tiene en su favor su guapura y su donaire, bien acentuados por el vestuario. Quizá le falta subrayar la fuerza de carácter que es el rasgo principal de esa especie de novia-viuda. Como la insuficiencia, que no llega a defecto, deriva de su juventud, de su falta de tablas, se resolverá con la maduración, que no implica llegar a la edad madura.